

## Prólogo

A los estudiosos de las Relaciones Internacionales nos ocurre como a los hermanos Marx, cuando están actuando en la ópera y cambian los decorados de forma alocada y absurda, rompiendo la sintonía entre los cantantes y el escenario. Pues igual es lo que ocurre en el mundo; que los actores siguen recitando un papel que no se corresponde con la escenografía del teatro.

Lo mismo es predicable de quienes se dedican al ejercicio del periodismo o a la investigación de las llamadas Ciencias de la Comunicación. También están cambiando la trama y los telones.

Este libro nació, en principio, con un doble propósito, considerar las transformaciones que está viviendo el periodismo convencional en su nueva ubicación en la emergente Sociedad de la Información y plantearse también el análisis del cambio de las relaciones internacionales en el mundo presente.

Conforme iba avanzando en mi trabajo resultaba más evidente la conveniencia de dividir el proyecto entre dos volúmenes, dada la extensión y complejidad del objeto escogido.

Dudé mucho sobre la unión, más o menos *confederal*, de los dos libros que estaba escribiendo o su publicación autónoma, es decir, que cada cual siguiera su vida. He optado por ahormar el esfuerzo en dos libros independientes, pero insistiendo en la relación transversal e incluso en su anclaje investigador y narrativo común. Son interactivos.

El primero, que el lector tiene ahora en sus manos, dedica sus páginas al periodismo, o mejor dicho, al ecosistema informativo y el segundo, que espero dar pronto a la imprenta, se titulará *Retos geopolíticos actuales* y analiza el sistema transnacional en que vivimos.

He dado prioridad, en el orden de su publicación, al libro periodístico, pues entiendo que las relaciones internacionales en esta primera década del siglo XXI no se pueden analizar sin tener en cuenta el hecho incuestionable de la constatación de una red comunicativa a escala mundial, que constituye uno de los fundamentos del fenómeno de la globalización.

Ya con anterioridad varios autores, entre los que me encuentro, habíamos advertido sobre la creciente influencia de los medios de comunicación en el complejo relacional, no siendo siempre valorado este planteamiento que hoy nadie discute.

El tema que ahora planteo es más anchuroso que el espacio periodístico y entiendo que la actual Sociedad de la Información agavilla numerosísimos actores y supera el ámbito ya clásico del factor mediático para impregnar todo el conjunto comunicativo, sin olvidar, lógicamente, que este nuevo escenario es asimétrico, descompensado, heterogéneo, plural y en mutación.

La mitología griega nos cuenta cómo la joven princesa fenicia llamada Europa fue raptada por Zeus que había tomado figura de un deslumbrante toro blanco. Pues bien, el periodismo noticioso está siendo igualmente raptado por la Sociedad de la Información en figura de redes sociales comunicativas.

Recordemos que el primer principio del periodismo es informar y me temo que se está relegando este objetivo por la prensa escrita y sustituyéndolo por las otras tareas de explicar, contextualizar y opinar.

Los periódicos, en esta fase que vivimos y que denomino como *tardoperiodismo*, son medios de opinión e incluso de entreteni-

miento, más que medios informativos. Ignoro si este fenómeno es positivo o negativo, bueno o malo, pero lo que sí resulta, es de manifiesta evidencia.

En el año 1998 publiqué *El polipasto noticioso*, relato de una sorprendente aventura: la búsqueda de un invento prodigioso, de un artilugio que culmina todas las máquinas comunicativas, de la imprenta a la televisión, de la radio a Internet. Aparecían en el libro personajes inmortales de la fantasía como John Silver, Robinson Crusoe, Gulliver, el capitán Nemo, D'Artagnan o Miguel Strogoff, que compiten con brujos, periodistas, ingenieros telemáticos, empresarios y embaucadores para hacerse con un extraordinario multimedia.

Al lector le queda la intriga de averiguar si *El polipasto noticioso* es el proceso, el resultado o el futuro de esta telaraña del universo mediático que nos envuelve. Era la narración de un cuento, sí, pero, tal vez, de una profecía.

*El rapto del periodismo* viene a ser, en un juego de espejos, la contradanza del *Polipasto*. Por sus páginas desfilan también los hábitos del viejo oficio de contar noticias, las teorías de los operadores semánticos y comunicólogos, la panoplia mediática, las reflexiones académicas y las experiencias profesionales, todo ello más o menos revuelto en un texto mosaico que reúne conferencias, ponencias en congresos, capítulos singulares escritos exnovo y culmina con el recital de mi última clase como profesor de Ciencias de la Comunicación.

Es un libro escrito contra el tiempo, como ocurre con toda narración, incluidos los artículos de prensa. En mi primera columna para *Diario de Navarra* decía textualmente:

«El periodismo es una actividad que guarda cierta semejanza con la entomología, pero en lugar de clavar mariposas u otros insectos sobre una tabla, alfiletea cada día en las páginas de los diarios los hechos relevantes de la jornada.

El informador captura de la turbamulta de sucesos aquellos que estima relevantes, los extrae del contexto y los sitúa en el nuevo ecosistema de los medios de comunicación. Creo que todo periódico tiene mucho de vitrina, de corcho donde quedan *pinchados* los acontecimientos.

Por esto mismo, el pasar del tiempo igual que ocurre con las colecciones de mariposas, hace perder color a las noticias, a las entrevistas, a los artículos y reportajes. Conforme transcurren los años, los textos se transforman en datos para la curiosidad o la investigación histórica en el mejor de los supuestos, o cae sobre ellos la desmemoria del abandono.

Las colecciones de periódicos duermen en los estantes de las hemerotecas con cierta inconfesada envidia de los códigos miniados de los viejos monasterios. Los diarios, que en su momento recibieron la tinta fresca impresa por la acuciante velocidad de las rotativas se van secando y amarilleando como aquellas hojas de árboles que guardábamos de niños entre los libros y se convertían luego en una materia tenue, casi transparente, entrecruzadas por finos nervios...

Si vivir es siempre luchar contra el tiempo, más todavía lo es el oficio periodístico, que arranca de contar lo real y acaba por transformarse en memoria o en olvido».

Las preguntas que todos nos hacemos son bien conocidas: ¿Desaparecerán los diarios en papel? ¿El universo digital arrumbará el impreso como reliquia arqueológica? ¿Es posible el periodismo sin periodistas? ¿Cómo luchar contra el veloz cabalgar del tiempo?

Ortega y Gasset escribía ya en 1937 en un artículo que se incorporaría al Epílogo de su obra *La rebelión de masas*, lo siguiente:

«Que una sola fábrica sea capaz de producir todas las bombillas eléctricas o todos los zapatos que necesita medio continente, es un hecho demasiado afortunado para no ser, por lo pronto, monstruoso. Esto mismo ha acontecido con las comunicaciones. De pronto y de verdad, en estos últimos años recibe cada pueblo, a la hora y al

minuto, tal cantidad de noticias y tan recientes sobre lo que pasa en los otros, que ha provocado en él la ilusión de que, en efecto, está en los otros pueblos o en su absoluta inmediatez. Dicho en otra forma: para los efectos de la vida pública universal, el tamaño del mundo súbitamente se ha contraído, se ha reducido. Los pueblos se han encontrado de improviso *dinámicamente* más próximos. Y esto acontece precisamente a la hora en que los pueblos europeos se han distanciado más moralmente»<sup>1</sup>.

Estas cavilaciones son ahora más acertadas que cuando se gestaron y además, aplicables al conjunto de todos los países. El volumen de noticias es tan invasor y su actualización tan inmediata como lo es, paradójicamente, el distanciamiento moral entre los pueblos.

Ya no se escribe contra el tiempo, sino a la vez, simultáneamente, sincrónicamente. Se escribe con el tiempo y por añadidura, ubicados en un espacio sin distancias.

Vivimos en la blogosfera y el ciberespacio, que son mucho más fantásticos que la estratosfera o la biosfera. La interactividad, la multimedialidad y la hipertextualidad son los tres elementos que conforman la nueva red de pescar de las tecnologías de la información más en vanguardia.

No deja de ser curioso, incluso una especie de triquiñuela del destino, que un término tan clave en Internet como *arroba* sea vocablo de antigua ejecutoria. Hasta se emplea por Cervantes.

Meter la mano en el saco sin fondo de las palabras es aventura que puede deparar tantas sorpresas como hacerlo en la chistera de un prestidigitador.

Fijémonos en *arroba*, signo obligado del no menos imprescindible correo electrónico, que ahora se imprime en las tarjetas de visita, junto al número del teléfono móvil y del propio domicilio.

1. Este texto se publicó por primera vez en el número de junio de 1937 en la revista *The Nineteenth Century*.

Pues bien, *arroba* es voz de origen árabe, pronto castellanizada. Como unidad en el antiguo sistema de pesas y medidas, equivalía a unos doce kilos o a una cántara de dieciséis litros. Se subdividía en cuartillos o jarros, ocho azumbres o 128 copas para los líquidos y tenía veinticinco libras, 400 onzas, 6.400 adarmes, 19.200 tomines o 230.400 gramos como peso. En Navarra se le conocía también por *roa* y tenemos *robo* o *arrobó*, capaz para dos medios, dos cuartelas y dieciséis almudes.

Es término frecuente en las obras de los clásicos, incluido el Quijote. En la aventura de los pellejos de vino que el ingenioso hidalgo acuchilla en singular combate, Sancho protesta a su señor:

«... quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre».

En otro notable episodio, Cervantes adquiere de un morisco los cartapacios que contienen los escritos de la segunda parte de las hazañas del caballero manchego por dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo.

Volviendo al juego de las palabras no deja de ser sugestiva paradoja que *arroba* reaparezca hoy en lenguaje cabalístico de la telemática. Aquí no tiene nada que ver con pesos y medidas, sino con la ubicación de quien envía o recibe los mensajes. Extraña metamorfosis que según los expertos consultados pudo deberse a la castiza reconversión que en español se ha dado al sigo *at* que aparece en el correo electrónico anglosajón.

He dicho anteriormente que estamos en la blogosfera, otra palabreja de moda, que viene a simbolizar la rebelión de las masas orteguiana, reconvertida en rebelión de las audiencias.

En efecto nos hallamos ante una especie de rebelión universal de los públicos. Cualquiera puede decir lo que sabe o supone y hasta generar, con un efecto multiplicador similar al de una explo-

sión galáctica, toda una cascada noticiosa. La imprenta de Gutenberg, las gazetas volanderas de Venecia, los papeles públicos de Nipho, la radio de Marconi, el teléfono de Bell o los grandes rotativos de Hearst, pertenecen al paleolítico. Suman ya millones las personas que comparten sus opiniones e influyen en crear la agenda mediática. Es un fenómeno que está transformando el ecosistema comunicativo mundial. Los *blogs* derivan del vocablo inglés *weblogs*, que es una versión más o menos libre que se ha traducido al español como cuadernos de bitácora. Hermosa palabra esta de bitácora, que evoca singladuras de bergantines y viajes de avezados marinos descubridores. En esos cuadernos o libros se apuntaba el rumbo, la velocidad, las maniobras y los incidentes de la navegación. Yo creo, sin embargo, que deberían traducirse los *blogs* por chismorreos, cotilleos, marujeos o algún otro término similar. Me recuerdan más las tertulias de las reboticas de las novelas decimonónicas, o las charlas de los viejos sentados en la plaza del pueblo mientras toman el sol de invierno. Como ya dijo el clásico, todo está inventado.

Tres avisos para navegantes de este proceloso libro: Primero, no es lo mismo información que comunicación. A cada uno lo suyo. Segundo, sin periodistas no hay periodismo. Tercero, el proceso de encapsulamiento de los medios es irreversible.

Decía al principio que este trabajo, elaborado a la encendida luz del crepúsculo de la galaxia Gutenberg, se ha partido en dos, uno para el universo comunicativo y periodístico, otro para el universo de las relaciones internacionales. En cierto modo el presente libro viene a ser como el Prólogo del siguiente, ya que el complejo relacional globalizado es comunicativo en su estructura e informativo en su dinámica vital.

En Pamplona a las doce horas del mediodía del miércoles doce de diciembre, mes doce, del año dos mil doce.